

EL ÁRBOL DEL MEJOR FRUTO

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

CLODIO.	CLORO.
MELIPO.	LISINIO.
PELORO.	NISE Y MINGO.
CONSTANTINO.	ELENA.
ANDRONIO.	IRENE.
MAXIMINO.	IFACIO.
UN PAJE.	CONSTANCIO.
CUATRO SOLDADOS.	TRES INDIOS.

Representóla Ortiz.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen con máscaras CLODIO, MELIPO y PELORO, bandoleros, acuchillando á CONSTANTINO, de camino, y ANDRONIO.

CLODIO.
Rendios, caballeros,
que somos cuatrocientos bandoleros.

MELIPO.
¿Qué habéis de hacer tan pocos
contra tantos, si no es que venís locos?

CONSTANTINO.
Yo no rindo la espada
á quien la cara trae disimulada.
Quien della no hace alarde,
traidor es, y el traidor siempre es cobarde;
que, en fin, entre villanos,
cuando las caras sobran, faltan manos;
y será afrenta doble
que se rinda á quien no conoce un noble;
pues ser traidor intenta
quien descubrir la cara juzga afrenta.

PELORO.
Mataldos, caballeros.

CONSTANTINO.
Mal conocéis, villanos, los aceros
que aqueste estoque animan.

ANDRONIO.
Porque no te conocen, no te estiman.
Diles quien eres.

CONSTANTINO.
Calla,
cobarde, que es honrar esta canalla
mostrar tenerlos miedo.
Cincuenta somos, y el valor que heredo,
basta.

ANDRONIO.
¿Qué desatino!

CONSTANTINO.
Villano, ¿es bien que tema Constantino
á cuatro salteadores,
cuando besan sus pies Emperadores?
¡Mueran los foragidos!

Todos.
¡A ellos!

PELORO.
Pocos son, pero atrevidos.
(Métenlos á cuchilladas.)

CONSTANTINO.
(Dentro.) ¡Ay, Irene querida!
muerto soy.

CLODIO.
Por callar, pierdes la vida.

ANDRONIO.
Romanos, de la muerte
huyamos, que no es cuerdo el que por fuerte
la fortuna provoca,
que la temeridad pierde por loca.
(Salen los bandoleros, sacan á Andronio, y trae Clodio unas cartas y un retrato.)

CLODIO.
No harás, mientras repares
encubrirte, y quien eres no declares,
este retrato y pliego,
que alimentaba del difunto el fuego.

ANDRONIO.
Ya el callar, ¿qué aprovecha,
fortuna en mis desdichas satisfecha,
si ha de decir la fama
lo que la lengua encubre y el mundo ama?
Al César Constantino
habéis, bárbaros, muerto, y al camino
saliéndole tiranos,
la esperanza quitáis á los romanos
del más noble mancebo
que vió en sus ojos coronado Febo.

PELORO.
¡Válgame Dios! ¿Qué dices?

ANDRONIO.
La yedra de sus años infelices
en cierne habéis cortado,
en túmulo su tálamo trocado
á César con Irene,
por quien la Grecia luz y vida tiene.
Desde Roma venía,
viudo antes que casado: en este día
le llora el tiempo ingrato.
De Irene es el bellissimo retrato
que en aqueste trasunto
amor pintado paga amor difunto.
Huid de la venganza
de un monarca que á todo el mundo alcanza,
que su padre, el augusto,
tiene de procurar con amor justo,
en sabiendo la nueva
que mi desdicha y su rigor le lleva. *(Vase.)*

ESCENA II

DICHOS, menos CONSTANTINO y ANDRONIO.

CLODIO.
¡Cielos! si aquesto es cierto,
todo el imperio ha de vengar el muerto.
¿Pues de qué traza y modo
podemos resistir al mundo todo?

Huyamos, bandoleros,
que no son muros estos montes fieros
para excusar castigos
de tantos y tan fuertes enemigos.

MELIPO.
No nos han conocido
con el disfraz, que nuestra vida ha sido,
y destos desconciertos
no hay que temer, no siendo descubiertos.
Lo mejor es que huyamos,
y los ricos despojos repartamos,
pues con ellos podremos
de la pobreza asegurar extremos.

PELORO.
¡Notable desatino!

UNO.
Corra la voz que es muerto Constantino.

CLODIO.
Murió en este destierro
el César.

OTRO.
Constantino ha sido el muerto.
(Vanse dando voces.)

ESCENA III

CLORO y LISINIO, labradores.

(Cloro será el mismo que hizo á Constantino.)

LISINIO. La conformidad constante,
Cloro, que quiso algún Dios
hacer que fuese en los dos
de un natural semejante,
de tal suerte me ha inclinado,
que no me hallo sin ti.
¿Qué es lo que haces aquí,
siempre en libros ocupado?
Mira que al toso sayal
el ser letrado repugna.

CLORO. Desmintiendo á mi fortuna,
Lisinio, mi natural,
aunque en verme te congojas
cuadernos desentrañando,
por árboles voy mirando
libros, pues todos son hojas.
No nací para pastor,
puesto que mi madre sea
natural de aquesta aldea,
porque el oculto valor
que vive dentro en mi pecho,
me inclina, si lo penetras,
á las armas y á las letras;
y aunque estudio sin provecho,
el amor de aquesta gente,
que los Césares romanos
persiguen por ser cristianos;
el verla tan inocente,
tan constante en los trabajos
y en los tormentos tan firme,
he venido á persuadirme
que, no pensamientos bajos,
uno verdades ocultas

- ampan su profesión,
y hélos cobrado afición.
LISINIO. No sin causa dificultades
lo mismo que yo resisto
cuando de sus cosas trato.
Su sencillez y recato
amo, pero aquece Cristo
que adoran me hace dudar
y que de su ley me asombre.
¿Por qué?
CLORO. Antepone un hombre
LISINIO. á los dioses; ¿no ha de dar
ocasión de que por locos
los juzgue? A un crucificado,
de su nación despreciado,
tenido por Dios de pocos,
y esos pocos, pescadores,
á quien, como simples, pudo
engañar, roto y desnudo:
¿qué Augustos, qué Emperadores
de su parte alegar puedes,
que acrediten sus hazañas,
sino barcas, y marañas
de engaños, como de redes?
La ley de nuestros pasados
es de más autoridad,
porque toda novedad
fué dañosa en los estados.
La adoración de los dioses,
por antigua y santa adoro:
déjate de engaños, Cloro.
CLORO. Cuando repugnalla oses,
¿qué importa, Lisinio amigo,
si sus obras celestiales
muestran que son inmortales?
Aunque yo á los dioses sigo,
¿perdieran tantos la vida
con tal gusto, á no saber
que otra mejor ha de ser
para su fe prevenida?
¿hicieran milagros tantos?
¿vencieran tantos tormentos,
siempre humildes y contentos,
á no ser buenos y santos?
¿qué fuego se atreve á ellos?
¿qué mares los anegaron,
aunque millares echaron
con hierro y plomo á sus cuellos?
Los anfiteatros digan
si los tigres y leones,
mansos á sus oraciones,
á sus pies vienen y obligan.
Diga el cuchillo más fuerte
si en ellos tuvo poder:
si es así ¿qué pueden ser,
hombres que vencen la muerte?
LISINIO. Encantadores.
CLORO. No creo
que ese atributo les dieras
si en este libro léyeras
lo que yo admirado leo.
LISINIO. No dió el cielo á mi ignorancia
ta ventura, que aprender
haya podido á leer,
aunque soy todo arrogancia.
Mas, ¿qué libro es este?
CLORO. Historia

- de mil de aquestos que dieron
sus vidas, y al fin salieron,
aunque muertos, con victoria.
¿Quieres oír algo del,
y sabrás quien es su Dios?
LISINIO. Di.
CLORO. Sentémonos los dos
debajo deste laurel.
(*Siéntanse debajo de un laurel y lee Cloro.*)
«Pedro y Andrés, en cruz, con fe divina
un Dios confiesan sólo Omnipotente:
victorioso del mar, triunfa Clemente;
del cuchillo y navajas, Catalina.
Palmas ganan Eulalia con Cristina;
un Laurencio honra á España y un Vicente;
del cordero en la púrpura inocente
Justa se baña, aumentala Rufina.
Sebastián, con las plumas de sus flechas
corónicas al cielo en sangre envía;
salen Diego y Ignacio vencedores.
Leocadia ablanda cárceles estrechas;
cuchillos vence Inés, llamas Lucía.»
(*Una voz dentro.*)
(Lisinio y Constantino, Emperadores.)
(*Cae sobre sus cabezas un ramo de laurel.*)
CLORO. ¿Qué es esto?
LISINIO. Son las grandezas
con que el cielo nos sublima:
cayendo el laurel encima,
corona nuestras cabezas.
CLORO. Emperadores nos llama
quien nuestra dicha pregoná,
y la ninfa nos corona
que Apolo consagró en rama.
LISINIO. Cloro, ya el cielo se ofende
de nuestro ocio, pues que dél,
cayéndose este laurel
nos despierta y reprehende.
Tu pecho con él anima,
y deja estorbos cobardes.
Basta esta rama, no aguardes
que se caiga un monte encima,
que yo, animado por él,
desde hoy el traje grosero
dejo, por que verdadero
salga este imperial laurel.
Escuadrones de soldados
me ofrece el cielo propicio,
no en el rústico ejercicio
hatos de humilde ganado.
Aquesta es mi inclinación:
púrpura, á mi ser igual,
reinos dará á mi sayal
y hazañas á mi opinión.
Maxencio en Roma adelanta
su ambición y mis deseos,
y con augustos trofeos
gentes-alista y levanta.
Con Constancio tiene guerra,
del mundo competidor;
un Sol y un Empe ador
pretende solo la tierra.
Si quieres que militemos
á su sombra, Cloro noble,
y que la encima y el roble

ESCENA IV

CLORO, NISE, labradora, y MINGO, villano,
con un harnero.

- MINGO. ¡Válgame! Dios! ¿Por echalle
la cebada os dá molestia?
NISE. ¡Calla, bruto, necio, bestial!
MINGO. Eso sí: apodar y dalle.
Pues no suelo yo ser mudo,
ni vos muy limpia, aunque habláis,
que media azumbre gastáis
de agua en lavar un menudo.
¡Yo!... ¿cuándo?
NISE. El de hoy os avise.
MINGO. Tú mientes.
NISE. ¡Dalle, y gruñir!
MINGO. ¡Que siempre habéis de reñir!
CLORO. ¿Qué tienes con Mingo, Nise?
NISE. Aposentóse un doctor
en el mesón...
MINGO. ¿Qué? ¿quería
decillo ella? En fin, venía
afligido del calor
y de hambre de la jornada.
Mandónos poner á asar
una gallina, y echar
paja á la mula, y cebada.
Entro luego en la cocina,
y como mal entendí,
la cebada al doctor dí,
y á la mula la gallina:
¡miren qué culpas son éstas!
CLORO. ¿Vióse necedad mayor?
MINGO. ¿Pues no ha llevado al doctor
la cansada mula á cuestras?
¿No es bien que á quien más trabaja
se dé mejor de cenar?
Luego bien hice de dar
al doctor cebada y paja,
y á la mula la gallina.
NISE. ¡Calla, bestial!
MINGO. ¿Pensáis vos
que no sabe de los dos
la mula más medicina?
- ESCENA V
DICHOS y ELENA, de labradora.
- ELENA. ¡Que no ha de haber ocasión
que donde quiera que estáis
ambos á dos, no riñáis!
MINGO. ¿Qué quiere? Soy un riñón.
NISE. Mientras este bruto esté
en casa, ¿quién no dará
voce?
ELENA. Entrate tú allá.
NISE. ¡Para ésta!
MINGO. Jurad la fe;
si es bien que en vuesa fe crea,
no siendo la fe de Dios,
aunque si se añade en vos,
no va mucho de fe á fea. (*Vase Nise.*)

1 En el ms. de 1621 «un alma». A este mismo códice pertenecen las demás correcciones ó variantes que siguen. Lleva el núm. 15.484 de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional. En ella hay en otro códice (3.907), sólo algunos fragmentos, que también hemos cotejado.

2 En el ms. «ó ya».

3 «aguardarte», y lo mismo en el ms. 3.907.

4 «seasa».

5 «veasa».

ESCENA VI

Dichos, menos Nise.

ELENA. Cloro, ¿qué haces aquí?
 CLORO. Generosos pensamientos animan atrevimientos tan poderosos en mí, que me han obligado, madre, que, porque los certifique, aquesta vez te suplique me digas quién fué mi padre. Que el ilustre natural que á mi humildad hace guerra, me certifica que encierra este rústico sayal prendas con que esfuerzo cobre el valor á que se aplica, sin creer que alma tan rica procede de un padre pobre.
 ELENA. Cloro, si estos pensamientos los gobernara el juicio, que en esta ocasión te falta, fueran sabios como altivos. A un pastor, humilde y pobre, debes el ser abatido, que no en palacios soberbios te dió, sino entre cortijos. Una pajiza cabaña, que contra el sol, el estío, y contra el agua, el invierno sirve de toldo propicio, es tu casa de solar; no los pavimentos ricos, ni los artesones de oro, asombro del artificio. ¿Qué importa que el arroyuelo, soberbio cuanto atrevido, con las lluviosas corrientes haga competencia al Nilo, si la tempestad pasada vuelve al mísero principio, y después pisar se deja del animal más sencillo y pequeño de la tierra, dando á sus pasos camino? Nacen á la hormiga avara alas para su peligro, pues cuando á Dédalo intenta imitar, de un pajarillo es miserable sustento, sepulcro haciendo su pico. No es bien que porque la palma hasta el alcázar lucido se atreva á subir del sol, un junco, desvanecido, quiera competir con ella, pues de su flaco principio ignorando el fundamento, es verdugo de sí mismo. Cuando te pintes, soberbio, Rómulo, Alejandro y Ciro, y la ambición te prometa coronas y señoríos, considérate un arroyo, no profundo caudal río; un junco, una hormiga vil;

y desharás, convencido, ruedas de pavón soberbias: que si la corneja quiso vestirse plumas hurtadas, ellas le dieron castigo. No violentes, ambicioso, tu natural, si perdido después llorar no pretendes juveniles desatinos.¹ Una haza son tus armas, y en vez del estoque limpio, la hoz corva, el tosco arado, veinte ovejas y un novillo. Estos ejercita, Cloro, y á Scipiones y Fabricios deja triunfos y victorias. pues para pobre has nacido.
 (Vase Elena.)

ESCENA VII

CLORO. Rigurosa madre, espera. ¡Ay, cielos! no sé si impíos, porque en tales desengaños sepultáis nobles designios. ¿Para qué Elena te llamas, si siempre este nombre ha sido blasón de ilustres 3 matronas, que en ti despreciado miro? Nunca yo quien soy supiera, pues la humildad pone grillos al deseo ya frustrado, que de un rústico soy hijo.
 MINGO. Yo, á lo menos más dichoso soy, aunque me llamo Mingo, pues si no mintió mi madre, diz que me parió en el signo de Capricornio, y en fe desto, la comadre dijo que un sátiro me engendró y por eso satirizo.

ESCENA VIII

CLODIO, con las cartas y retrato. PELORO y MELIPO.
 Después, CLORO y MINGO.

CLODIO. Cuanto más lejos estemos del Emperador, airado, cuyo hijo malogrado, sin conocer, muerto habemos, más se asegura la vida, que con tanto riesgo está.
 MELIPO. Al romano imperio da Persia 4 guerra defendida; en ella no hay que temer, Clodio, castigo ó venganza,

¹ Así en el impreso y en el ms. de 1621. En el 397 «llorando».

² «desvarios».

³ «bellas», escrito «uellas»; pero el impreso es mejor.

⁴ «Grecias».

pues en su reino no alcanza de Roma todo el poder. Descansemos por ahora en esta venta.
 CLORO. ¡Ay, de mí, que tan humilde nací! ¡Que cuando el cielo mejora con el esfuerzo el valor de quien ilustrar desea, Cloro, cielos, Cloro sea hijo de un pobre pastor!
 CLODIO. Labradores, ¿hay posada?
 MINGO. ¿Para cuántos?
 CLORO. ¡Detenéos, desvanecidos deseos!
 MINGO. No les faltará cebada que coman, si son doctores, ni gallinas que les demos á las mulas.
 CLODIO. ¿No tenemos, á pesar de los temores con que á costa del cansancio animan nuestro camino, presente aquí á Constantino, hijo del César Constantino?
 MELIPO. A no desdecirlo el traje y saber que queda muerto, yo lo tuviera por cierto, sino es que del cielo abaje á castigar nuestro insulto disfrazado en el sayal.
 CLODIO. ¿No es retrato original? Sí, que vive en él oculto. ¿No es aquella su cabeza, sus ojos, su boca y tal le?
 PELORO. En él quiso retratalle la sabia naturaleza. No he visto igual semejanza.
 CLODIO. Ahora bien; sea ó no sea quien mi ventura desea, si consigue mi esperanza lo que mi intento procura, y este hombre, amigos, engaño hoy con un ardid extraño, doy alas á mi ventura.
 MELIPO. ¿Pues qué pretendes hacer?
 CLODIO. Pues que se parece tanto al difunto, que es encanto, si no es del cielo poder, y aquí cartas y retrato de Irene tengo, intentemos persuadirle, si podemos y tiene ingenio y recato, que se finja Constantino y se case con Irene.
 MELIPO. ¡Extraña traza, si viene á admitir tal desatino! Mas ¿cómo un tosco pastor mudará su grosería en el trato y policia de un romano Emperador, si conforma con su traje su ingenio?
 CLODIO. De un tosco roble se hace una imagen noble,

PELORO. Siendo bárbaro el lenguaje que aqueste monte le ha dado, descubrirá esta traición.
 MELIPO. Disfrazóse de león un bruto torpe, y trocado en él, bramar cual él quiso, y dicen que rebuznó, y en su afrenta, á todos dió de su atrevimiento aviso: lo mismo ha de sucedernos si hacemos tal desvario.
 CLODIO. De su traza y rostro fio que podemos atrevernos. Aquellas nobles facciones, del Príncipe semejanza, me animan.
 MELIPO. Todo lo alcanza la industria. A mucho te pones; aunque si con eso sales, seguro está el interés y ventura de los tres, porque á Dédalo te iguales.
 CLODIO. Si con Irene se casa y á ver á Constancio va, cuando de su hijo está llorando la suerte escasa, la similitud extraña que le iguala á su valor, burlará al Emperador; y si dichoso le engaña y le tiene por su hijo, ¿qué más dicha?
 MELIPO. Quedó el muerto á elección en el desierto de las fieras. Yo colijo¹ que ya habrán hecho en él presa. Si no parece ¿quién duda, viendo que en este se muda y el imperio le confiesa por el propio Constantino, que su padre ha de creer ser el mismo?
 PELORO. Vendrá á ser un engaño peregrino.
 CLODIO. Ponello en ejecución falta sólo.
 CLORO. ¡Que haya sido tan bajamente nacido! ¡Ay, loca imaginación!
 CLODIO. (De rodillas.) Danos esos pies augustos, si merecemos besallos.
 CLORO. ¿Qué es esto?
 CLODIO. Honra tus vasallos con premios, señor, tan justos.
 CLORO. Señores, si el tosco traje que traigo, os obligá así á que hagáis burla de mí, ninguno me hizo ultraje que, con honrada venganza no sirviere de escarmiento á su necio pensamiento.
 CLODIO. Generosa semejanza del más ilustre heredero que Roma á su imperio dió

¹ «y colijo».

y la muerte malogró,
si el retrato verdadero,
que autoriza y ennoblece
hoy en tí su original,
no es en tu alma desigual
y á la tuya le parece,
por un extraño camino
ha puesto el cielo en tu mano
la esfera y globo romano
y feliz ¹ de Constantino.
Si á tu saber ² satisfacés
y tu persona eternizas,
de sus augustas cenizas
milagro al mundo renaces.
Constantino, sucesor ³
de Constancio, partía á Grecia,
que en fe de lo que le precia
Maximino, Emperador
y Monarca del Oriente,
á Irene le había ofrecido,
hija suya, y reducido
el griego lauro á su frente.
Con este retrato y pliego
caminaba Constantino,
cuando saliendo al camino
un escuadrón loco y ciego
de quinientos foragidos,
de repente le asaltaron,
y el Abril verde agostaron
de treinta años no cumplidos.
Por no darse á conocer
dió venganza á sus aceros.
Huyeron los bandoleros,
que vinieron á saber
la calidad del difunto,
temerosos del castigo.
Yo, de su muerte testigo,
tomando aqueste trasunto
de Irene, y cartas, volvía
con las nuevas lastimosas
á su padre; mas, piadosas
las deidades este día,
ofreciéndome tu vista,
quieren en tí consolar
la pérdida y el pesar,
que es imposible resista
Constancio, si á saber viene
que le ha quebrado su espejo
la fortuna, y por ser viejo
la muerte su fin previene.
Tú, pues, dichoso pastor,
que con su imagen herdas
su imperio, para que puedas
dar principio á tu valor,
si quieres en lugar dél
transformarte en Constantino,
el cielo á ofrecerte vino
el siempre augusto lauro.

PELORO. No pierdas esta ventura,
que por lo que interesamos
della, palabra te damos
de hacella los tres segura.

1 «y fénix».
2 «suertes».
3 «Emperador»; pero es errata.

MELIPO. Constantino (que ya quiero
de aqueste modo llamarte)
procura determinarte:
deja ese traje grosero,
que aquí del César traemos
con que serás transformado
original, no traslado.

MINGO. ¿Pullas en casa tenemos?
¡Voto al sol! gente ruin ¹,
que si la honda desato,
ó ² doy dos silbos al hato
y hago venir al mastín,
que el dimuño os traje acá.

CLORO. Basta la burla, señores;
ved que somos labradores,
y no se sufren acá.

CLODIO. Para que la verdad creas,
que por tu dicha te trato,
en este sutil retrato
quiero que tu imagen veas,
y con ella á Constantino,
que al sacro lauro te llama.

PELORO. Al atrevido la fama
ayuda.

CLORO. ¡Cielo divino!
parece que en el cristal
me miró de alguna fuente,
aunque en traje diferente
seda aquí y en mi sayal.
¿Qué hay que recelar, temor,
si el cielo á cumplir empieza
del lauro que en mi cabeza
me gratuló Emperador
el pronóstico divino?
Crédito á mi dicha doy.
Cloro he sido; ya no soy,
sino el César Constantino.
Dadme el retrato de Irene.
Este es.

CLODIO. ¡Qué hermosa pintural
Cifrada aquí la hermosura
todos sus milagros tiene.
Sólo de mis pensamientos,
que ya ejecutallos trato,
puede ser este retrato
dueño hermoso. Atrevimientos,
en vuestras alas sutiles
fundo mi imaginación;
nobles mis intentos son,
si mis principios son viles.
Vamos á Grecia, vasallos,
que aunque este apellido os doy,
vuestro amigo firme soy.
Haced prevenir caballos,
y advertid que si el secreto
deste engaño descubris,
aunque pastor me advertís,
ser Constantino os prometo
en vengarme y castigaros.
Ya el verdadero murió,
y en mi pecho se infundió
su alma. Sabré premiaros,
y castigaros también.

1 «royas».
2 «ó».

Su alma el César me ofrece,
que en quien tanto se parece
por fuerza ha de hallarse bien.

PELORO. ¿Hay mudanza semejante?

MELIPO. ¿Hay más portentoso extremo?

CLODIO. ¡Vive el cielo que le temo!

PELORO. Yo tiemblo en velle delante.

CLORO. ¿Quieres venirme conmigo? (d Mingo.)

MINGO. ¿Que por que se pareció
al otro, Cloro salió
Emperador ¹?

CLODIO. Si, amigo.

MINGO. ¡Que nunca yo me parezca
á nadie!

CLORO. Acaba, grosero.

MINGO. ¿No habrá otro emperadero
por ahí á quien merezca
parecerme?

MELIPO. Si, á mi jumento,
pues os parecéis los dos.

MINGO. Luego, parézcome á vos.
Ir contigo, Cloro, intento.

CLORO. No soy Cloro desde aquí,
Mingo, sino Constantino.

MINGO. Yo os llamaré así, si atino ².
Una vez me parecí
á otro: en tiempo cruel,
porque á palos me molieron
de noche, y luego dijeron:
«perdone, que no era él».

CLORO. Dadme el caballo y vestido,
y no pongamos en duda
nuestra suerte, pues ayuda
la fortuna al atrevido.

CLODIO. A mucho nos atrevemos,
y temo...

PELORO. ¿Qué hay que temer?

CLODIO. Que nos vengán á deshacer
aqueste, porque le hacemos. (Vanse).

ESCENA IX

MAXIMINO é IRENE 3.

MAX. Ya, Irene, se llegó el día
en que el César sea tu esposo.
Si de la inclinación mía
el ánimo belicoso
sabes que mi valor cría,
¿por qué tu rigor le enlaza
en el yugo que embaraza
la libertad y quietud?
Manda tú á mi juventud
que se ejercite en la caza;
que del jabali protervo
el curso ligero siga
con que mis gustos conservo ⁴;
que el tigre sagaz persiga
y alcance al tímido ciervo;
que en sus despojos celebre

1 «emperadero».
2 «Yo os lo llamaré si atino».
3 «Salen Maximino emperador, IRENE, su hija y
acompañamientos».
4 Falta este verso en el ms.

trunfos, y el venablo quiebre
en el león arrogante,
ya con el noble elefante,
ya con la tímida liebre:
y no me mandes que el gusto
pierda á mi edad el respeto,
que aunque es el tálamo justo,
no sabrá vivir sujeto
mi pecho libre y robusto.
Si á mi voluntad te allanas,
al César por dueño ganas,
de las romanas esferas.
Anda á caza, en vez de fieras,
de libertades humanas.

IRENE. No es, padre y señor, decente
el estado que me das
al valor que el alma siente.

MAX. Yo sé que mi gusto harás.

(Vase Maximino.)

ESCENA X

IRENE.

La cerviz indomable del toro ata
con las coyundas de su yugo grave
el labrador, y brama, porque sabe
que ¹ su preciosa libertad maltrata.
Al pájaro, que en plumas se dilata,
el cazador cautiva del sílave
acento enamorado, y llora el ave,
aunque honren su prisión rejas de plata.
No en los jardines la florida yerba
medra del modo que en el monte y prado,
patria y solar de su morada ² verde.
Dichoso, libertad, el que os conserva,
pues es prisión el solio sublimado
de quien por reinos, vuestro reino pierde.

ESCENA XI

ISACIO, Duque, é IRENE. Luego, UN PAJE.

ISACIO. Hermosa prima, ¿qué haces
sola, si lo puede estar
quien se precia de llenar,
tranzando las paces
del amor, como él atados
al carro de sus prisiones
encendidos corazones
con grillos de sus cuidados?
¡Ay, si mereciera yo
que te acordaras de mí!

IRENE. ¡Oh 3, Isaciol como nació
libre, y el cielo me dió
un alma de quien soy dueño,
por no ser pródiga y dalla
á prisión, quiero gozalla.
Pensar que he de amar, es sueño.
Hoy dicen que Constantino
á darme la mano viene

1 Falta el «que» en el impreso; pero consta en el
código.
2 «prosapia».
3 En el ms. 3.007, «así».

de esposo, como si Irene al mismo Apolo divino sujetar imaginase la preciosa ¹ libertad, que en mí es única deidad, sin que amor mi pecho abrase. ¡Viven los cielos, que adora todo el humano poder, que de Irene no ha de ser, si no es Irene señora! Mal mi padre me conoce. Con eso contento quedo. Pues yo gozarte no puedo ², ninguno, Irene, te goce; que si tu desdén furioso á cuantos te aman alcanza, quedaré sin esperanza, mas no quedaré quejoso.

IRENE. Verás, cuando el César venga, retratado en mí el desdén.

ISACIO. Mas vale tratarle ³ bien, porque tu padre no tenga ocasión que á la impaciencia provoque, que es el poder rayo, y éste suele ser ⁴ más daño en más resistencia. Entreténle con engaños; ni le trates amorosa, ni le mires desdenosa, hasta que los desengaños le dispongan poco á poco, que un repentino rigor suele aumentar el amor, pues con furias crece el loco.

IRENE. No dices mal; y á fe, Isacio, que luce más con su opuesto el sol á la sombra expuesto. Desdeñarle despacio, y por tu consejo sabio me guiaré en esta ocasión, forzando mi inclinación.

ISACIO. Fingiéndolo no ser agravio, cuando llegue, encubre enojos; recíbele agradecida, ostenta risa fingida, dale á beber por los ojos ponzoña sabrosa y lenta, y engaña á tu padre así.

UN PAJE. Ya llega, señora, aquí el César.

IRENE. Mi pena aumenta. Pero ¿sabes qué he pensado? Que para que me aborrezca y en verme no se enternezca, encontrando á amor armado, pensando hallarle desnudo, que en el marcial ejercicio me halle ocupada.

ISACIO. Codicio el daño que de eso dudo, porque de aquesta suerte

¹ «la preciada» en el ms. 3.907.
² «gozar no te puedo» en id.
³ «tratallo» en el ms. 15.481.
⁴ «hacer» en id. y en el 3.907.

te ve ¹ bella y belicosa: si te amaba por esposa ², ha de adorarte por fuerte. En eso, primo, te engañas: el amante que es prudente no busca dama valiente. Al hombre ilustran hazañas, y á la mujer, la hermosura, los regalos, la afición, la apacible condición, las lágrimas y blandura. Tiernos les dieron los nombres, porque con ternura amasen y regaladas templasen la condición de los hombres; que el ejercicio marcial es violento en la mujer, como en la nieve el arder, derretirse el pedernal, y acobardarse el león. Y la que así no lo hiciere, es señal que usurpar quiere la preeminencia al varón. Yo sé que si Constantino, en vez de amorosa, armada me ve, á la guerra inclinada, que por el mismo camino que en mi amor tierno se abrasa, primo, me ha de aborrecer, porque no pueden caber dos hombres en una casa.

ISACIO. Tu divina discreción es igual á tu hermosura. Que te aborrezca procura: ejecuta esa invención en que estaba mi esperanza, dando alas á mi deseo.

IRENE. Quiero ensayar un torneo. Sácame, Isacio, una lanza, mientras la espada me ciño, para que el César, amante, de verme armada se espante: que amor teme, porque es niño.

ISACIO. De las que en esta armería hay, es esta la mejor.

IRENE. Haz tocar un atambor.

ISACIO. Miedo ³ me das, prima mía. De la guarda de palacio hay una aquí.

IRENE. Toque, pues. Aquesta la entrada es del torneo. Advierte Isacio...
(Hace la entrada del torneo con garranta. Tocan chirimías.)

ESCENA XII

DICHOS, CLORO, vestido de Príncipe, MELIPO, PELORO, CLODIO, MAXIMINO y MINGO.

MAX. Aquí aguarda á vuestra alteza la Princesa, agradecida

¹ «te halla». También en el ms. 3.907.
² «si te amaba por hermosa». «Si te ama por hermosa» en el 3.907.
³ «Medio» en el impreso; pero está bien en los mss.

á vuestro amor y venida: mas ¿qué es esto?

CLORO. A su belleza añade la fortaleza, como á mi amor, nuevas alas. Las armas entre las galas parecen en ella bien, porque en ella á un tiempo están ¹ tierna, Venus; fuerte, Palas.

MAX. Su inclinación belicosa me asombra. Sepa que estamos aquí.

CLORO. Eso no. Suspendamos en su hermosura animosa la vista y alma dichosa en este ejercicio un poco. ¡Vive el cielo, que estoy loco! ¡Ay, griega del alma, hermosa! ¿Qué te parece? *(á Isacio)*

IRENE. El extremo de la gracia y la destreza. Aunque adoro á tu belleza, tu valor y ánimo temo.

CLORO. ¡Por Júpiter, que me quemó entre su armado rigor de inmortal y tierno amor!

MINGO. ¡Válgate Dios por muchacha! Si eres hembra, ó eres macha: no casarte es lo mejor.

IRENE. Saca la espada y verás cuán bien los golpes ensayo.

ISACIO. En tus manos será rayo. Cinco se dan, y no más.
(Danse los cinco golpes de espada, tocando dentro.)

IRENE. Retira ahora ² el paso atrás.

CLORO. Basta, hechizo desta tierra, ó cielo que el sol encierra, que para alcanzar la palma y rendir, Princesa, un alma, no es menester tanta guerra. Tu esposo es, Irene mía.

MAX. ¡Oh, gran Señor! ¿Vos aquí?

IRENE. Ya las armas os rendí. Mejor el alma diría. *(Ap.)*

CLORO. ¡Qué apacible gallardía! Dichoso, divina Irene, quien á ver y á gozar viene tal belleza, tal valor, pues en vos, Marte y Amor rayos vibra y llamas tiene.

MELIPO. Clodio, ¿es este aquel villano que hijo de un monte fué?

CLODIO. Mejor, Melipo, diré que es Constantino romano.

PELORO. ¿No adviertes que cortesano la gravedad imperial representa?

CLODIO. A su sayal desmiente con la presencia, que también hay elocuencia en las almas, natural.

¹ «Para que juntas estén». Lo mismo en el 3.907.
² «Retirate el paso atrás». También en el 3.907.

MINGO. ¡Válgame ¹ el diablo por Cloro! Verá lo que decir sabe.

CLORO. ¡Qué quillotrado ² está y grave! De suerte, Irene, os adoro, que á la divina beldad de ese simulacro rico esperanzas sacrífico, sin creer que hay más deidad que vos, Señora, en el cielo. Y yo, que en veros y hablaros tengo en poco compararos al claro señor de Delo: no adoro yo á Dios ninguno, sino á vos; y si dichosa merezco ser vuestra esposa, no tendré envidia de Juno, pues en vos tengo presente de Júpiter el valor.

ISACIO. Bien finge tenelle amor.

IRENE. ¿Va bueno? *(á Isacio.)*

ISACIO. Divinamente.

CLORO. Si yo, Princesa, lo fuera, nunca más me transformara: otros cielos os criara; otro mundo os ofreciera, que uno para vos es poco.

IRENE. Si yo pudiera mostrar la ventaja que en amar hago á todas...

CLORO. ¡Estoy loco!

IRENE. Ni Cartago honrara á Elisa, como á Penélope Grecia, ni Roma honrara á Lucrecia, ni hubiera en Caria Artemisa. Pero hipóboles refreno, pues más que ellos os estimo. ¿No hago buen amante, primo? *(á Isacio.)*

ISACIO. Bravo.

IRENE. ¿Va bueno?

ISACIO. Rebueno.

CLORO. ¿En fin, me amáis?

IRENE. Como á dueño.

CLORO. Vos sois mi sol.

IRENE. Vos mi esposo.

CLORO. Vivo en vos.

IRENE. Yo en vos reposo.

CLORO. ¿Si me olvidáis?

IRENE. Eso es sueño.

CLORO. En gloria estoy.

IRENE. Mi mal calma.

CLORO. ¡Gran suerte!

IRENE. ¡Bien soberano!

CLORO. Dadme, mi bien, esa mano.

IRENE. Y con ella, esposo, el alma.

ISACIO. *(á Irene.)* ¿La mano, tirana, das?

IRENE. Burléme, jugué y perdí. No he podido, primo, más.

¹ En el ms. 3.907 «Válgate».
² «Que quillotrado» en el 3.907.